

# PREDICACION

- I. Sagrada Escritura
- II. Teología

## I. *Sagrada Escritura*

Más que los conceptos «tradición» y «doctrina», es el contenido del concepto «predicación» el que mejor destaca la historicidad y dinamismo supratemporal del mensaje cristiano de salvación.

Hay que estudiar los conceptos bíblicos de predicación (κῆρυγμα), mensaje de salvación (εὐαγγέλιον) y → palabra de Dios (λόγος τοῦ θεοῦ). Ni el AT ni el NT dicen expresamente cómo deben entenderse estos conceptos, pero el uso lingüístico da noticia suficiente acerca de su contenido y significación. En la exposición siguiente se tratará solamente de las *características formales* del concepto de predicación, pero no del contenido de la predicación cristiana. Esto sólo podría realizarlo plenamente una teología bíblica. La base de la predicación bíblica —considerada como un proceso— es la conciencia que tiene el predicador de hablar en nombre de Dios. La conciencia de su propia misión en los → profetas del AT (cf. Jr 1,9: «Mis palabras pongo yo en tu boca») se da ante todo en → Jesús mismo (Lc 4,18s) y, por su virtud, en aquellos a quienes él envió (ἀπόστολοι; → apóstoles). En Rom 10,14-18 está expresada la correlación que existe entre fe y predicación, predicación y misión: «¿Cómo van a creer en aquel de quien no oyeron? ¿Cómo van a oírlo si nadie lo predica? ¿Cómo van a predicarlo si no han sido enviados?» (v. 14s). Y concluye el Apóstol (v. 17): «Así, pues, la fe viene de la predicación (ἐξ ἀκοῆς), y la predicación, de la palabra de Cristo». La «palabra de Cristo», por tanto, es aquella realidad «de la cual procede todo el proceso de la predicación» (O. Michel). En la predicación percibe el hombre al Señor, que le habla. La expresión «palabra de Cristo» no intenta indicar la predicación del Jesús terreno, sino la palabra del Señor glorificado pronunciada por el predicador enviado: es lo que expresa con toda claridad 2 Cor 5,19s: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios». Como Cristo mismo, el predicador humano es visto aquí como un instrumento plenipotenciario de la predicación salvífica divina. Dios mismo es el sujeto propiamente tal de la predicación. Compendio de su presencia salvífica es Cristo, en cuyo

lugar lleva el Apóstol a través del tiempo la llamada de Dios a la reconciliación. En la exhortación del predicador: «Reconciliaos con Dios», aparece el objeto central de la predicación neotestamentaria: el Dios pronto a la reconciliación que se hizo manifiesto en Cristo (Rom 16,25s). De ahí que en el mundo judío se haya puesto todo el acento en el hecho de que Dios Padre se haya manifestado definitivamente en Cristo, en el cual se inició el tiempo mesiánico de la salvación. Tiempo cuyo signo es que Dios cumplió la → promesa hecha para los días postreros y derramó su Espíritu sobre toda carne (Hch 2,17). En el mundo pagano (→ paganos) debía preceder, sin embargo, al kerigma cristológico la predicación del Dios *uno* frente a los muchos «dioses». Para los paganos presos en la ignorancia y en el error (cf. Gál 4,8s; Rom 1,27; etc.) lo que importaba era apartarse de los ídolos mudos y dirigirse al Dios vivo (1 Tes 1,9), y reconocer que los «pretendidos dioses no existían» (1 Cor 8,4-6; Gál 4,8). Con ello la primera meta de la predicación cristiana entre los paganos es que se reconozca al único Dios, lo cual es tanto como decir que se conozca la → verdad (1 Tim 2,4; Heb 10,26). A partir de aquí puede darse el próximo paso hacia la fe: el reconocimiento del Señor Jesucristo —idéntico al Jesús histórico de Nazaret, elevado a la derecha de Dios— como juez, salvador y prenda de resurrección. Por ser Dios y su obra salvífica en Cristo el objeto central del kerigma, el mensaje puede ser designado como predicación del señorío divino (Mt 13,19; Lc 9,2; Hch 20,28; 28,31), predicación de Cristo (Hch 8,5; 9,20; 1 Cor 1,23; 2 Cor 4,5) y, en consecuencia, como palabra de salvación (Hch 13,26) y → gracia (Hch 20,32), de reconciliación (2 Cor 5,19) y de verdad (Col 1,5; Ef 1,13; 2 Tim 2,15).

Pero, como se trata de Dios, de Cristo y de la salvación del hombre, la predicación puede y debe ser llevada a cabo con un carácter de autoridad. Aquí radica la característica decisiva del concepto de predicación. La oferta de la predicación es una oferta de Dios al hombre; por eso no puede ser algo comprometido, sino algo que postula una actitud de fe. El ministerio apostólico —que en Pablo significa tanto como misión de predicación— es concedido para despertar la «obediencia de la fe» (Rom 1,5; cf. 16,26). La obra misional apostólica es la «obra del Señor» (1 Cor 16,10); el apóstol es enviado como «embajador de Cristo» (2 Cor 5,19); su evangelio es el «evangelio de Cristo». Como Dios mismo, el Señor es también sujeto de la predicación. Cristo no es sólo origen histórico u objeto del kerigma, sino que es él quien se predica a sí mismo cuando el predicador habla como instrumento suyo. «El que a vosotros oye, a mí me oye» (Lc 10,16). Por eso Pablo puede entender su predicación como «operada en poder y en el Espíritu Santo» (1 Tes 1,5); es Cristo quien habla por medio del Espíritu divino infundido en el predicador. La predicación es, pues, un acto carismático. En el acto de predicación está operante el Señor mediante su Espíritu en la boca del mensajero. Por eso no se arriesga éste a decir nada que no haya obrado Cristo por medio de él (Rom 15,18). Pero, si es Cristo quien habla en sus enviados, la predicación de un mensajero de la fe es siempre la palabra del Señor que trasciende la historia, contemporáneo del oyente y ahora presente

en la palabra de la predicación. Cristo no habló tan sólo «en otro tiempo», sino que habla aquí y ahora. Su palabra no es meramente transmitida, sino hecha presente. No es tan sólo referida de modo comprometido, sino proclamada. De ahí que la proclamación sea la expresión más adecuada de lo que se entiende en el NT por *kerigma* (Schlier). Como proclamación, la predicación tiene siempre un carácter presente. Esto se ve todavía con más claridad si se estudia el concepto neotestamentario de *εὐαγγέλιον*. Desde el Deutero-Isaías (40,9; 41,27; 52,7) se da un uso religioso del vocablo: el mensajero de la buena nueva anuncia la victoria de Yahvé. Su anuncio no es simplemente el relato de un suceso previo. Su palabra es más bien creadora, funda un nuevo comienzo y está dirigida, por tanto, al futuro; cuando el mensajero de la buena nueva anuncia que Yahvé instaure su soberanía, este suceso se hace realidad para el oyente. La predicación del mensaje salvífico mira hacia adelante. No describe un suceso ya pasado, sino que es en sí mismo un suceso y, por ello, el comienzo de un acontecer. De esta forma es comprendida también en el NT la predicación del mensaje salvífico. El lenguaje paulino nos ilustra con singular claridad sobre ello. Según Rom 15,19, el fin de la predicación es «llevar el evangelio a su cumplimiento». Esta expresión no indica (como tampoco la de Col 1,25: «predicar cumplidamente la palabra de Dios») que Pablo haya predicado el mensaje de salvación de modo total, sin pasar nada por alto ni callarse nada, o que haya realizado su trabajo apostólico (→ misión) en todas partes. La expresión responde más bien al concepto de predicación propio del AT y significa: «Yo he actualizado el evangelio de Cristo y lo he llevado a su pleno desarrollo» (Molland). La predicación consiste, por tanto, en convertir el mensaje salvífico en una potencia eficaz, actualizarlo como obra salvífica divina, de tal modo que aquí y ahora comprometa al oyente y se convierta para él en una exigencia. Esta interpretación queda muy claramente expresada en 2 Tim 4,17: «El Señor me asistió y me confortó para que por mí sea plenamente anunciada la predicación y la oigan todas las gentes». Puesto que aquí «la palabra de Dios» se expresa en «la boca de los hombres» (Schlier), el evangelio puede ser considerado sencillamente como un → testimonio (*μαρτύριον*): como adhesión personal del que habla a aquello que Dios obra en él y por él. Por eso puede Pablo entrar «por el evangelio» en una relación de paternidad respecto a su comunidad de Corinto (1 Cor 4,15). Por eso es el evangelio «una fuerza de salvación para todo el que cree» (Rom 1,16). Para el creyente —y sólo para él— la obra salvífica de Dios en la palabra se le convierte en fuerza y en fuente de → alegría (1 Tes 1,6). La obra salvífica de Dios se hace presente en la palabra de la predicación, y esa palabra crea un nuevo futuro y pone en marcha —para quienes responden en la fe— el impulso escatológico de la actividad salvífica divina (→ historia de la salvación). La predicación es siempre escatológica y, por tanto, histórica. Conoce, para cada existencia particular concreta, el *καιρός* de la gracia, el «día de la salud». En el acto de la predicación, el autorizado (*κῆρυξ*), el testigo (*μάρτυς*) tiene poder de hacer surgir el «ahora» en que se funda la salvación (cf. 2 Cor 6,2). De ahí que la predicación no sea «discurso de → sabiduría», sino «palabra

de la cruz», locura y *σκάνδαλον* (1 Cor 1,18ss). La sabiduría humana no haría sino despojar a la cruz de Cristo de toda su fuerza (1 Cor 1,17).

De aquí debe deducir el predicador cuál ha de ser la *actitud interna* con que ha de realizar su ministerio. Ciertamente debe exigir → obediencia y exponerse al malentendido de que tiraniza a la comunidad (2 Cor 1,24). Pero a su cometido pertenece asimismo exigir esta obediencia en clave de debilidad, miedo y temblor (cf. 1 Cor 2,2s). No en su realidad individual, sino en su misión como apóstol está fundado lo que Pablo escribe en 1 Cor 4,10: «Nosotros somos tontos por seguir a Cristo, vosotros sabios en Cristo; vosotros llenos de gloria, nosotros despreciados...». Ya que en la debilidad del predicador llega a su plenitud la fuerza de Cristo (2 Cor 12,9), debe predicar como «rudo de palabra» (2 Cor 11,6), sin arte persuasivo (1 Cor 2,4), sin propaganda (cf. 2 Cor 12,9), sin astucia (1 Cor 3,20) y sin la sabiduría carnal que se apoya en sí misma (2 Cor 1,12). Sólo así puede, mediante su pureza y entrega, transmitir la palabra pronunciada de parte de Dios en su fuerza originaria y dar testimonio del obrar divino. Nada debe recomendarle a la conciencia humana sino la clara manifestación de la verdad (2 Cor 4,2b) y la demostración de *πνεῦμα* y de *δύναμις* (1 Cor 2,4s). Merced a la conciencia de la ley oculta que rige la proporción entre la fuerza del Espíritu divino y la incapacidad del hombre es lícito al predicador —no sin un cierto humor espiritual— gloriarse de su debilidad (2 Cor 11,30) y de su flaqueza (2 Cor 12,5). El sabe que, cuando parece ser débil, es —como predicador— un buen instrumento (cf. 2 Cor 12,10). Este conocimiento de sí en el predicador sólo es posible cuando se ve claramente que la característica fundamental de la predicación cristiana es ser una actividad divina.

Esta característica de la predicación no es sólo decisiva para el predicador, sino también para el oyente; por ser un obrar *de Dios* puede otorgar fortaleza (Rom 16,25) y ser «fuerza divina para todo el que cree» (Rom 1,16). Dado que en la predicación es Dios mismo quien habla de sí al hombre, la aceptación del mensaje implica esa forma de alegría que sólo puede dar el Espíritu divino (1 Tes 1,6). Además de la fortaleza, la «fuerza de salvación» y la alegría, hay una última consecuencia de la predicación: la predicación convoca a la *ἐκκλησία* (→ Iglesia). Este es el efecto global de todo proceso kerigmático. Sólo el individuo llamado a ingresar en la Iglesia, comunidad escatológica, puede entrar en el único ámbito en que existe un kerigma, una predicación autorizada. No hay predicadores que no sean miembros de la *ἐκκλησία* (cf. 1 Cor 12,28 y Gál 2,2). En este aspecto puede decirse que no sólo precede el kerigma a la Iglesia, sino también la Iglesia al kerigma. En la Iglesia se da en todo tiempo la «presencia de Cristo en forma de palabra» (Schlier). Esto resulta singularmente claro en el lugar central de la predicación: el *culto divino* de la comunidad (→ culto). Ahí actúa la presencia de Dios de modo incomparablemente denso. En la reunión cultual de la comunidad se experimenta lo que se ha dicho en general de la predicación: que es el obrar salvífico de Dios llevado a cabo a través del predicador como instrumento plenipotenciario y lleno del Espíritu Santo, obrar divino al que no hay más respuesta humana posible que la aceptación obediente en fe y amor.

R. Bultmann, *Der Begriff des Wortes Gottes im Neuen Testament: Glauben und Verstehen I* (Tubinga 1933) 268-293; E. Molland, *Das Paulinische Evangelium*, Oslo 1934; G. Friedrich, *Εὐαγγελίζομαι: ThW II* (1935) 705-735; C. H. Dodd, *The Apostolic Preaching and its Developments*, Londres 1936; G. Friedrich, *Κηρυξ: ThW III* (1938) 682-717; R. Asting, *Die Verkündigung des Wortes im Urchristentum*, Stuttgart 1939; J. Schmitt, *Jésus ressuscité dans la prédication apostolique*, París 1949; R. Bultmann, *Theologie des Neuen Testaments*, Tubinga 1953, 66-91 y 302-310; H. Schlier, *Kerygma und Sophia: Die Zeit der Kirche* (Friburgo 1956) 206-232; H. Schlier, *Wort Gottes*, Würzburg 1962; K. Rahner, *Palabra y eucaristía: Escritos de Teología IV* (Madrid 1962) 323-366; I. Hermann, *Kerygma und Kirche: Neutestamentliche Aufsätze. Hommage a J. Schmid* (Ratisbona 1963) 110-114; E. Schillebeeckx, *Der Herr und die Verkündigung der Apostel: Offenbarung und Theologie* (Maguncia 1965; trad. española: *Revelación y teología*, Salamanca 1968) 31-36; N. Brox, *Paulus und seine Verkündigung*, Munich 1966; J. Schreiner, *Die Zehn Gebote im Leben des Gottesvolkes*, Munich 1966; D. M. Stanley, *La predicación primitiva: esquema tradicional: Concilium 20* (1966) 449-462; E. Haenchen, *Die Bibel und wir*, Tubinga 1968; C. H. Dodd, *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Madrid 1974.

I. HERMANN

## II. Teología

La predicación es para la → Iglesia una de sus formas de vida y actividad esenciales, imprescindibles e insustituibles. La Iglesia, fundada y continuamente vivificada por la → palabra de Dios, reconoce en la predicación una de sus tareas centrales. Es cierto que la esencia de la Iglesia no se agota en su condición de Iglesia predicadora. No es que haya Iglesia solamente donde se predica. Pero la predicación es, junto con la administración de los → sacramentos, el servicio principal que debe realizar la Iglesia.

1. La predicación de la Iglesia es nada menos que la predicación de la palabra de Dios. Por palabra de Dios no se entiende aquí la palabra del hombre sobre Dios; por ejemplo, en el sentido de los conocimientos o las experiencias religiosas naturales (→ religión). La expresión «palabra de Dios» es usada aquí más bien en el sentido riguroso de que es la palabra que Dios mismo pronunció (→ revelación). En esta interpretación de la predicación de la Iglesia como predicación de la palabra de Dios hay ciertos rasgos característicos que deben ser explicados.

La palabra «predicar» tiene en el uso cristiano la significación de «relatar». El objeto de este relato es todo el conjunto de la revelación divina. La predicación presupone la palabra de Dios y está vinculada a todo lo que esta palabra ha hecho manifiesto acerca de la actividad salvífica de Dios en el pasado, presente y futuro. Por eso se refiere principalmente a los escritos del AT y NT que contienen esta palabra. El punto central de este relato es la persona y obra de Jesucristo, la palabra de Dios encarnada (Jn 1,1-14; → historia de la salvación; → Jesucristo).

Puesto que el obrar y hablar de Dios, en los que se funda la → salvación del hombre, se realizaron en la historia, la predicación no sería un servicio a la palabra de Dios si anulase o menguase esta vinculación a la historia de

la salvación. Con otras palabras: la predicación no es una exposición ahistórica de verdades abstractas sobre Dios, ni un adoctrinamiento acerca de la idea de Dios que prescindiera de lo singular e irrepetible del acontecer histórico, ni tampoco una descripción de los intentos del pensamiento humano por establecer proposiciones acerca de Dios. La predicación no sería un servicio verdadero a la palabra ni un servicio real a la salvación si no atendiese al hecho de la automanifestación de Dios en la historia. Tal relato implica que la predicación no ha de omitir ni añadir nada.

De lo dicho se deduce otra característica de la predicación. Si la tarea de la predicación cristiana es relatar lo que ha sucedido, esto significa que es el cumplimiento de un mensaje. La noción de predicador como embajador de Dios excluye todo modo autocrático de hablar y la imposición de valoraciones y exigencias propias. La predicación no es, pues, un acto creador, sino instrumental. La Iglesia —que no habla por propio poder, sino por encargo— es servidora, no dueña de la palabra de Dios. En la medida en que lo es, cumple la función primaria de la predicación: mostrar lo que Dios ha hecho, revelado y prometido.

Sería malentender totalmente la predicación si se la interpretase como una especie de agencia neutral de noticias. Hasta qué punto es esencialmente distinta la predicación como relato y como mensaje de una mera comunidad de hechos lo muestra la imagen bíblica que compara la predicación de la palabra de Dios con el clamor de un heraldo. Esto significa que la predicación es una proclamación: proclama la venida de Dios, la instauración de su soberanía, la victoria de Dios sobre los poderes del → mal y de la condenación y el comienzo de la salvación (→ reino de Dios). Esta proclamación tiene un carácter público y acuciante. No es una palabra privada que se dirija a un particular ni una verdad que se refiera solamente a la interioridad del hombre. Y porque la predicación proclama la palabra de Dios como palabra del único y absoluto Señor del mundo, del creador, redentor y perfeccionador último del hombre, no es una doctrina religiosa secreta y esotérica, sino una palabra para el → mundo. Se dirige, en consecuencia, a cada hombre con la exigencia de ser oída y aceptada. Por la posición que el hombre toma frente a ella decide su salvación.

La predicación es esencialmente algo distinto de un discurso sobre un tema determinado. Así lo muestra el hecho de ser un → testimonio. El concepto de testigo subraya, por una parte, la verdad de que la predicación es una proposición sobre un acontecimiento, y expresa, por otra, que el predicador es un hombre convencido de la verdad y entregado a ella (→ confesión). Ambas cosas son sólo posibles por la → fe, es decir, por la entrega existencial —basada en una decisión libre— a la palabra de Dios de la que hay que dar testimonio. La predicación significa, por tanto, un modo de obrar de una altísima cualidad personal (→ persona). Puesto que el testimonio del → evangelio se afirma en la convicción personal del mensajero, debemos aceptar que no sólo es algo más que un mero dar a conocer, sino algo esencialmente distinto. En cuanto el que habla se adhiere personalmente a lo que dice, la predicación se convierte en una confesión.

2. La descripción anterior de los diversos elementos contenidos en el concepto de predicación muestra la significación central que en ésta tiene la palabra de Dios. Se plantea así la cuestión de ver en qué relación precisa se halla la predicación con la palabra divina. La predicación es servicio a la palabra de Dios. En ella se da la presenciarización y actualización de la palabra divina. Dado que esta palabra es para el hombre «palabra de la verdad» y «palabra de salvación», no puede permanecer en el pasado, sino que debe ser traída constantemente al presente y dicha a cada uno de los hombres. Es lo que sucede en la predicación cuando ésta hace oír la palabra de Dios.

Hay *formas* diversas en este modo de predicación. Ya la mera lectura de la palabra divina fijada en la Escritura tiene el rango de predicación. Pero, si se quiere desarrollar plenamente toda la fuerza y eficacia de la palabra, hay que exponerla y aplicarla en conformidad con la situación de los oyentes. De aquí arrancan, prescindiendo de otras diferenciaciones accidentales, las dos formas fundamentales: predicación misionera entre los infieles (→ misión; → paganos) y predicación ante la asamblea de los fieles, que suele tener lugar de ordinario en el culto divino. Pero el → misterio propiamente tal de la presenciarización de la palabra divina no queda suficientemente descrito diciendo que debe tratarse de una exposición y una adaptación. Este misterio trasciende todo esfuerzo humano. Consiste en la presencia de la palabra encarnada, es decir, Jesucristo mismo. Es Dios mismo quien hace presente su palabra mediante su Espíritu (→ encarnación; → Espíritu Santo). El misterio más íntimo de la predicación y lo que en él trasciende infinitamente todos los otros factores es esta presencia. Por eso es la predicación de la palabra de Dios un misterio: la presencia activa y salvífica de Dios bajo el velo de la palabra divina. Esto indica que Dios mismo, a través de la predicación, habla a los oyentes y se encuentra con ellos en su palabra. Sin embargo, el núcleo más íntimo de la predicación, sólo accesible a la fe —es decir, la palabra viviente de Dios—, no convierte al factor humano de la predicación en mera apariencia. La predicación es la palabra de Dios en la palabra del hombre. La acentuación de la importancia incomparable de la actividad divina no debe conducir a la plena identificación de palabra divina y predicación. La predicación se verifica por medio de hombres. Aunque el lenguaje del hombre sólo tenga un carácter instrumental, no por ello es algo accidental o insignificante. Dios utiliza los servicios del hombre para hacer presente su palabra y hacerla eficiente. En la predicación actúan Dios y el hombre. Dios dirige su palabra al hombre por medio del hombre: en eso consiste la esencia de la predicación. Por el hecho de estar Jesucristo presente en su palabra, se hace contemporáneo de los oyentes. Por medio de esta presencia, su palabra pronunciada en el pasado se convierte en una palabra viva y presente, de la mayor actualidad. Gracias a la presencia del Señor glorificado, la predicación es un acontecimiento salvífico, pues la palabra de Dios no es sólo un lenguaje revelador, sino una actividad divina salvífica. Es la «palabra de salvación» (Hch 13,26) en el doble sentido de que en ella se anuncia la salvación, pero también se la ofrece y dispensa. La palabra de Dios, en efecto, es una «fuerza de Dios para la salvación» (Rom 1,16). La actividad salvífica divina a través

de la palabra no está en contradicción con la dispensación de gracia por parte de Dios a través de los sacramentos. Son dos formas de actividad divina en esencial correlación: ambas poseen su función intransferible y se complementan mutuamente. Ni subrayar la fuerza salvífica de la palabra divina significa quitar valor a la comunicación sacramental de gracia, ni ensalzar el sacramento representa una depreciación de la palabra. La clarificación precisa de la relación entre palabra y sacramento es uno de los principales problemas del esfuerzo actual por lograr una doctrina teológica profunda de la palabra de Dios.

A partir de la doble función de la palabra divina —revelar y conferir salvación— puede clarificarse también el problema de determinar la *meta* de la predicación. La palabra de Dios no sólo revela a Dios y su acción en el mundo, sino también al → hombre en su situación respecto a Dios. La palabra divina pone al descubierto que la existencia humana sin Dios es la situación desventurada por excelencia, descubre los → pecados de los hombres, propone la aceptación de la salvación ofrecida por Dios como única forma posible de redención de tal estado de caída y pone al hombre ante una decisión de la que pende su salvación eterna o su condenación. En la palabra de Dios se hace manifiesta la verdad del hombre acerca de la existencia humana. Sólo en ella adquiere el hombre un conocimiento de sí mismo verdaderamente real y auténtico, la verdadera interpretación de los estratos más hondos de su → existencia. La aceptación de la palabra divina —que responde a una decisión libre del hombre y se hace posible por la → gracia— es la fe. En la aceptación creyente de la palabra se realiza no sólo el conocimiento de la verdad, sino también el comienzo de la salvación, es decir, de la → vida eterna. La repulsa de esta aceptación, la impiedad, es propiamente la condenación verdadera del hombre. La palabra de Dios tiene como fin la → conversión y la fe del hombre. De forma que el hombre curado en la fe y elevado a la vida eterna se halla al fin del camino que Dios describe en su palabra. Pero la salvación sólo se da sobre la base de la aceptación de la soberanía divina que se manifiesta en Cristo, y esa soberanía se revela justamente en la palabra de Dios; por tanto, la fe es el «sí» dado a la soberanía divina. Cuando el hombre, en la → obediencia de la fe, se somete a esta soberanía de Dios rinde a Dios su tributo de alabanza y se hace partícipe de la salvación. La meta más alta de la predicación es así el establecimiento de la soberanía, del reino de Dios entre los hombres. El predicador, al que hemos descrito en sus funciones de embajador, heraldo y testigo, habla por encargo de la Iglesia. La Iglesia ha recibido de Cristo la palabra divina como un don que debe transmitir a los hombres de todos los tiempos. La predicación no responde, por tanto, a la iniciativa autónoma del particular; el predicador está ligado a la misión que es encomendada por Dios, a través de Cristo y sus → apóstoles, a la Iglesia. Con la tarea de predicar, a la Iglesia le fue concedido el poder de conservar la palabra divina y dar su explicación auténtica. Esto sólo puede hacerlo la Iglesia mediante la asistencia del Espíritu Santo que le prometió el Señor. Sucesión apostólica y predicación dotada de autoridad están en esencial correlación. El sentido de esta correlación debe

verse en el hecho de que la palabra de Dios no es algo de que el hombre pueda disponer sin más. La predicación de la Iglesia está ligada a la revelación de Dios. De ahí que los escritos divinamente inspirados del AT y del NT sean la fuente, el objeto y la medida de la predicación (→ Escritura y teología).

3. No hay predicación atemporal. La tarea de predicar la palabra inmutable de Dios sólo puede ser llevada a cabo si se intenta realizarla en formas siempre nuevas, adaptadas a los diferentes tiempos. Está ampliamente extendido el reproche de que la predicación, por estar ligada a unas formas de pensamiento y expresión ajenas a la vida, superadas y en parte empapadas de clericalismo, no afecta al hombre de hoy. La tarea —indudablemente muy difícil— de anunciar la palabra de Dios al hombre de la moderna sociedad masificada y técnica exige como presupuesto ineludible poseer un conocimiento realista y objetivo del hombre y su entorno. Los predicadores deben tomar en serio los problemas del hombre de hoy y presentar la palabra de Dios como la respuesta verdaderamente clarificadora, liberadora y absolutamente fiel a estos problemas. El conocimiento de la situación real del hombre actual como presupuesto para una auténtica predicación implica una labor mucho más difícil de lo que parece a primera vista. Sólo un pensamiento autocrítico que tenga el valor de reconocer la limitación de la propia situación y se libere de todos los prejuicios podrá lograr un conocimiento sereno y realista. Para no caer en el gran peligro de una descripción individualista, espiritualista y moralista, en el que no raras veces cayó la predicación de los últimos siglos, se debe predicar, más de lo que se hizo hasta ahora, el evangelio como mensaje de Dios, que ofrece en Jesucristo la salvación a todo el mundo. Sobre todo, incumbe hoy a la predicación hacer patente a los hombres, frente al predominio de las ideologías (de origen social, político y filosófico) —formas modernas de servicio a los ídolos—, que la soberanía divina instaurada a través de Cristo es la verdadera → libertad; y frente al nihilismo habrá de mostrar que esta misma soberanía divina es la realidad salvífica que da pleno sentido a la existencia humana. Sólo cuando las múltiples exigencias de la palabra de Dios vayan acompañadas, por parte del predicador, de una voluntad sincera y fraternal de convivir y conllevar las angustias, problemas y dudas del hombre actual, podrá el mismo predicador abrigar la esperanza de que los hombres vuelvan a ser capaces de oír con ánimo pronto y bien dispuesto la palabra de Dios (→ pastoral).

J. A. Jungmann, *Die Frohbotschaft und unsere Glaubensverkündigung*, Ratisbona 1936; J. R. Geiselman, *Jesus der Christus. Die Urform des apostolischen Kerygma als Norm unserer Verkündigung und Theologie von Jesus Christus*, Stuttgart 1951; V. Schurr, *Predicación cristiana del siglo XX*, Madrid 1956; Th. Filthaut-J. A. Jungmann, *Verkündigung und Glaube*, Friburgo 1958; O. Wehner-M. Frickel, *Theologie und Predigt*, Würzburgo 1958; J. Ries, *Krisis und Erneuerung der Predigt*, Francfort 1961; O. Wehner-M. Frickel, *Hörer und Predigt*, Würzburgo 1961; F. X. Arnold, *Al servicio de la fe*, Buenos Aires 1963; Ch. Moeller, *Mentalidad moderna y evangelización*, Barcelona 1964; *Anuncio del evangelio hoy*, Barcelona 1964; W. Hillman, *Das Wort, die Kirche und der Mensch*, Einsiedeln 1964; L. Maldonado, *El mensaje de los cris-*

*tianos. Introducción a la pastoral de la predicación*, Barcelona 1965; Th. Filthaut (ed.), *Umkehr und Erneuerung*, Maguncia 1966; D. Grasso, *Teología de la predicación*, Salamanca 1966; R. Panikkar, *Offenbarung und Verkündigung*, Friburgo 1967; W. Panenberg, *Kerygma und Geschichte: Grundfragen systematischer Theologie* (Gotinga 1967; trad. española: *Cuestiones fundamentales de teología sistemática*, Salamanca 1976); K. H. Schelkle, *Von der Predigt zur Predigt: Theologie im Wandel* (Munich 1967) 408-412; A. Strobel, *Kerygma und Apokalyptik*, Gotinga 1967; J. B. Lotz, *Person und Verkündigung: Schmaus WV II* (Paderborn 1967) 1241-1258; M. D. Koster, *Kurztraktat einer Theologie der Verkündigung: ibíd.*, 1363-1388; F. Wetter, *Das Sprechen Gottes in der Verkündigung der Kirche: TrThZ 76* (1967) 341-356; H. D. Bastian, *Abseits der Kanzel*, Olten 1968; Th. Lorenzmeier, *Exegese und Hermeneutik*, Hamburgo 1968; J. Moltmann, *Verkündigung als Problem der Exegese: Perspektiven der Theologie* (Munich 1968) 113-127; H. Bolewski, *Geschichtlichkeit der Predigt und Wissenschaftlichkeit der Theologie*, en P. Neuenzeit (ed.), *Die Funktion der Theologie in Kirche und Gesellschaft*, Munich 1969, 75-87; H. Jacob, *Theologie der Predigt*, Essen 1969; E. Haensli, *Predicación: SM V* (1974) 535-542.